

RADIOGRAFIA SOCIOLOGICA DE « FACUNDO »

*Rien de plus original, sicut de plus soi
que de se nourrir des autres; mais il
faut les digérer: le lion est fait de mou-
ton assimilé”.*

PAUL VALÉRY: “*Pages inédites*”

Si “Facundo” no fuese lo que es, la conjunción, en una síntesis perfecta de elementos intuitivos y racionales, de pasión polémica, de preferencias doctrinarias y de ambición estética, apenas pesaría en la balanza de bronce de las creaciones perdurables; y esa conjunción es realmente tan cabal, que los elementos contrarios — y aun, a primera vista, contradictorios — de la síntesis aparecen como olvidados en provecho de la vida del conjunto. Así ocurre, por ejemplo, con el contraste que existe entre la faz política y la faz doctrinaria de “Facundo”. La faz política exhibe un encendido alegato contra el régimen tiránico de Rosas; la faz doctrinaria muestra la legitimación filosófica e histórica de ese mismo régimen. Según la filosofía, y de acuerdo con las enseñanzas de Cousin y de Hegel, Rosas “es una manifestación social, es una fórmula de una manera de ser de un pueblo”; ¿por qué y para qué combatirlo, pues? ¡“Dios mío! “responde Sarmiento, sin turbarse: ¡“para qué lo combatis! ¿Acaso porque la empresa es ardua, es por eso absurda?” Y como refugiándose en Cousin

— eco elocuente, otra vez, de la metafísica germánica — para el cual la guerra es una lucha de ideas en la que al cabo vence el más virtuoso y el más digno, Sarmiento concluye, victoriosamente: “¿No hay nada de providencial en estas luchas de los pueblos? ¿Concedióse jamás el triunfo a quien no sabe perseverar?. He aquí, por lo tanto, sin las sutilezas a que habría acudido Alberdi en caso parecido, deshecho el nudo y disipada la superficial contradicción entre lo moral y lo científico del libro.

Las ideas sociales (o más exactamente, sociológicas) contenidas en “Facundo”, requieren un examen moroso. Lo que podemos llamar el esqueleto doctrinario del libro, estaría constituido, en primer término, por la concepción axil, verdadera espina dorsal de la obra, del duelo entre la civilización y la barbarie; además, por el influjo del medio geográfico en los sentimientos, costumbres y hábitos nacionales; por la teoría del caudillo; por temas de morfología social y por temas de psicología social. Por último, conviene detenerse en ciertos aspectos secundarios si se atiende a la brevedad de las referencias, pero importantes por su raíz filosófica, como son los que atañen al optimismo histórico y a cierto intelectualismo sociológico que se percibe en el libro, al lado del historicismo.

El propósito teórico de “Facundo” está consignado varias veces en las páginas del ensayo: no se trata de escribir la historia de un gobierno, sino de explicar la estabilidad de un régimen político-social: “No es mi ánimo — leemos en el último capítulo — trazar la historia de este reinado del terror. . . Sólo he querido pintar el origen de este gobierno y ligarlo a los antecedentes, caracteres, hábitos y accidentes nacionales que ya desde 1810, venían pugnando por abrirse paso y apoderarse de la sociedad”. En la “Introducción”, expresa el anhelo de hallar explicación al “misterio de la lucha obstinada que despedaza” a la República Argentina.

La concepción “agonista” de la historia argentina — la lucha entre la civilización y la barbarie — sugerida a Sarmiento, por la lectura de las novelas donde Cooper se-

ñala la oposición entre blancos e indígenas del Norte, estaba reforzada por Cousin, quien había proclamado, siempre seducido por Hegel, la función trascendental de la guerra. A Sarmiento le bastó substituir, en el esquema de Cooper, al indígena del Norte con el campesino de la pampa argentina y al blanco sajón con el hombre de la ciudad argentina, para tener un hilo conductor en el laberinto de los sucesos de la historia nacional; pero el dualismo conceptual preocupa a Sarmiento, y se lo ve buscar, un poco desorientado, elementos menos abstractos para su esquema. Así, la lucha entre la campaña y la ciudad se traduce, por de pronto, en la lucha entre la mentalidad feudal (siglo XII) y la mentalidad moderna (siglo XIX); luego se alude a la lucha entre dos ciudades de distinto espíritu: Córdoba y Buenos Aires, el misionismo y el filoneísmo; luego, en fin, tenemos la lucha entre Buenos Aires, apoyada por el partido liberal de las provincias, y el interior, sometido al partido federal y enlazado con los federales porteños. Detalle importante: histórica o genéticamente, la guerra de la República Argentina ha sido doble: primero, guerra de las ciudades europeizadas contra los españoles; segundo, guerra de las campañas — representadas por los caudillos — contra las ciudades. En definitiva, a través de esas tentativas de precisión, el lector descubre siempre, bajo disfraces variados, a los mismos contendores: la civilización y la barbarie, el progreso y el estancamiento.

Alejandro de Humboldt, a quien Sarmiento cita en el epígrafe de los dos capítulos iniciales, no sin cambiar, en el primero, el nombre del autor por el de Head, había señalado en sus bellos "Cuadros de la naturaleza", traducidos al francés por Eyriès en 1808, que "las llanuras de la América meridional sirven de límite a la semicivilización importada de Europa". En seguida hacía notar, al hablar de la sociedad venezolana, que "al norte, entre la cadena de Venezuela y el mar de las Antillas, se encuentran, a breves intervalos, ciudades industriosas, aldeas de risueño aspecto y campos cultivados con esmero". Terminaba Humboldt con esta comproba-

ción: “Desde hace ya mucho tiempo, el sentimiento del arte, el estudio de la ciencia y el noble amor de la libertad política se han despertado en estas regiones”. Estas observaciones del eminente sabio, consignadas en los “Cuadros de la naturaleza”, de donde tomó Sarmiento sus citas, ¿afirmaron al autor de “Facundo” en sus ideas respecto del contraste entre las llanuras y las ciudades de la Argentina? Sin duda. Lo interesante, en todo caso, de la tesis de Sarmiento reside en el mero reconocimiento de la “lucha” como agente del proceso de la historia, como principio primordial de la sinergia social. Lo demás: lucha de razas, lucha de pueblos, lucha de clases, lucha de minorías selectas, lucha de partidos, constituye el aspecto material y variable de ese principio formal y eterno.

Muchas veces ha sido señalada, como un error, la contraposición de la ciudad a la campaña para hacer derivar, del antagonismo de las fuerzas respectivamente representadas, la explicación de la guerra civil argentina. En toda nación (se ha agregado) las ciudades están siempre más civilizadas que la campaña, y entre ésta y aquéllas no media un abismo — como lo pretende Sarmiento — sino, a la inversa, continuidad de cultura. Estas y otras críticas semejantes, esgrimidas contra la idea central de “Facundo”, se desvanecen con sólo recordar que Sarmiento no habla de “la campaña” en abstracto, sino de la campaña argentina de hace un siglo y, más concretamente, de la campaña pastora. Con insuperable lucidez, marca el contraste entre la campaña agrícola, en la cual existen verdaderas relaciones sociales, y la campaña pastora generada por el desierto, y que carece, casi, de ellas: “No se olvide — escribe el autor, como adivinando las críticas futuras — que hablo de los pueblos esencialmente pastores, que en éstos tomo la fisonomía fundamental, dejando las modificaciones accidentales que experimentan, para indicar, a su tiempo, los efectos parciales”. El contraste, perspicuamente señalado, entre la desasociación normal engendrada por el desierto y la asociación ficticia que el gaucho se procura, va a parar en el conflicto de esta forma primitiva de comunidad

con la forma más evolucionada, con la ciudad; “Con esta sociedad, pues, en que la cultura del espíritu es inútil e imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, el hombre dotado eminentemente se esfuerza por producirse y adopta, para ello, los medios y los caminos que encuentra”. Tal sociedad, tal jefe: nace el caudillo. Alberdi, talento crítico de primer orden, no habría expresado, con mayor limpidez y eficacia, el enlace de la pseudo sociedad campesina con el caudillo.

Las aldeas argentinas, como las de Venezuela, señaladas por Humboldt, forman el refugio de la civilización; pero ¿qué es, para Sarmiento, la civilización? La palabra “civilización”, incorporada en 1798 al diccionario de la Academia francesa, y en 1822 al de la Academia española (sexta edición) era definida por éste como “aquel grado de cultura que adquieren pueblos o personas cuando de la rudeza natural, pasan al primor, elegancia y dulzura de voces, usos y costumbres propios de gente culta”, Sarmiento quizás conocía esta definición cuando escribió “Facundo”; pero sólo dos años más tarde, en carta a Valentín Alsina, la transcribe del diccionario de Salvá, y la crítica certeramente, pues halla que se confunde “civilización” con “civilidad”: “las voces muy relamidad ni las costumbres en extremo muelles representan la *perfección moral y física*, ni las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter a su uso la naturaleza”. En esta síntesis final, está contenido el concepto de civilización para Sarmiento.

En “Facundo” domina el mismo sentido, y es equivocada la aseveración de Korn, según la cual el alcance de la palabra civilización, para Sarmiento, “es puramente utilitario y positivo”. ¿Podía serlo en el hombre que desde niño, sintió “ojeriza al camino que sólo conduce a la fortuna”? Sarmiento, por otra parte, no podía ignorar los magistrales análisis de Guizot acerca de la idea de civilización, contenidos en sus lecciones de 1828, consagradas a la historia de la civilización en Europa, y de los cuales resulta que la civilización consiste en el desarrollo armonioso de la personalidad y de la sociedad,

de la faz interna y de la faz externa del hombre. Sea lo que fuere, y a despecho de cierto ocasional énfasis pragmático, de cierta solicitud por las formas exteriores de la convivencia, “Facundo” contiene un concepto de civilización que no es coextensivo con el de utilidad. Al hablar de la aldea argentina, consigna Sarmiento que ella “es el centro de la civilización”, pues, “allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos”. Más adelante, antes de afirmar que “la civilización es del todo irrealizable” en las campañas pastoras, anota: “El progreso moral, la cultura de la inteligencia, descuidada en la tribu árabe o tártara, es aquí no sólo descuidada, sino imposible”; y dos bellos párrafos relativos a la importancia cultural de la religión y a los efectos del envilecimiento de ésta en aquel medio, concluyen por desvanecer, a lo menos en lo que concierne a “Facundo”, la tacha de utilitarismo lanzada contra las ideas de Sarmiento en esta importante materia.

La influencia del medio natural en la historia — uno de los *idola intelligentiæ* de nuestro grande hombre — se proyecta triplemente en “Facundo”: como factor de unidad política, como estímulo de impresiones vinculadas a la poesía popular, y como promotor de usos y costumbres característicos. Si Estados Unidos está llamado a ser una federación por la amplitud de sus costas del Atlántico, la República Argentina “es una e indivisible”: tal es la primera proposición de “Facundo” en el aspecto que consideramos. El unitarismo sería la vocación política nacional, si ha de atenderse a circunstancias geográficas tan decisivas para Sarmiento, como la gran llanura pampeana y la confluencia de los ríos a un puerto único. La segunda proposición consiste en afirmar que la naturaleza exterior excita la imaginación y la fantasía colectivas: “el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza”, pues se mueve en un horizonte infinito, y tiene el espectáculo terrífico de las fuerzas naturales desencadenadas, o el cuadro risueño del litoral embellecido por los grandes ríos.

En fin: la tercera proposición sostiene la uniformidad de los recursos y procedimientos humanos para solucionar problemas planteados por los mismos accidentes naturales. El autor de "Facundo" cita, con este motivo, tomándolos de novelas de Cooper, ejemplos de prácticas y recursos seguidos en Estados Unidos, e idénticos a los que sigue el paisano de las pampas argentinas.

En problema tan debatido como éste del influjo del medio natural en el desenvolvimiento histórico, y cuyo planteamiento y solución ha consumido tantos esfuerzos desde los tiempos de Dubos, Montesquieu y Herder, apenas incumbe otra cosa que señalar las lecturas probables utilizadas por Sarmiento para esta parte de la obra, y marcar a la vez, con sobriedad, el enlace de lo geográfico con lo morfológico. Para comenzar con las lecturas, fuera de la de Cooper (en lo que atañe a la tercera de las proposiciones) cuyo influjo se desprende de las referencias mismas incluidas en el texto por el escritor argentino, cabe señalar las de Tocqueville, Cousin y Humboldt.

Alguna vez se ha hecho notar la similitud de detalle existentes entre "Facundo" y la "Democracia en América": ambos libros arrancan con una descripción física de los respectivos países objeto de estudio. Sin embargo, el antecedente carece de interés como indicio de influjo del publicista francés sobre el argentino. Era ya entonces de rigor, en obras de historia y de política, comenzar por una idea del escenario geográfico donde se mueven los personajes y transcurren los sucesos. Así había procedido — para citar un autor familiar a Sarmiento y a su compañero López — Michelet en la "Historia romana", aparecida cuatro años antes que el libro de Tocqueville. En cambio, debieron de interesar a Sarmiento las páginas donde el intérprete de la democracia americana del norte estudia los factores que favorecen o contrarían la unión política de los angloamericanos. Entre los factores aparentemente contrarios a esa unión, Tocqueville menciona — al final del tomo segundo — el medio natural, y alude, en especial, a

la barrera aparente de los Montes Alleghanis, al correr éstos entre la cuenca del Mississipi y el Atlántico. Al examinar el medio de nuestro país, Sarmiento afirmó, según se ha visto antes, que la República Argentina está destinada a la unidad de régimen.

Más que Tocqueville y Cousin, influyó sobre Sarmiento, en la faz socio-geográfica de "Facundo", Alejandro de Humboldt. Cousin daba mucha importancia, en su doctrina, a la armonía del ser humano con la naturaleza, y enseñaba que "el hombre de las montañas no puede tener los mismos hábitos, el mismo carácter, las mismas ideas que el hombre de la llanura, el ribereño, el insular"; pero no fueron los filósofos, por engalanados de oratoria que se mostrasen, quienes más impresionaron a Sarmiento: buscó, por instinto, los temperamentos de artista. El brillante autor de los "Cuadros de la naturaleza", en medio de la multitud de detalles, datos y observaciones que acumula en su obra, lanza la generalización destinada a orientar al biógrafo de Quiroga.

En una página de sobria belleza, Humboldt, después que menciona los nombres gloriosos de Buffon, Saint Pierre, Cha-teaubriand y Goethe, y que recuerda el poder que ha ejercido el cielo de Grecia en el genio de los habitantes de esta comarca, remata: "La influencia de lo físico sobre lo moral, esa acción recíproca y misteriosa del mundo sensible y del mundo inmaterial, comunica al estudio de la naturaleza un atractivo singular, hartamente desconocido hasta nuestros días". No parece plausible desconocer, en presencia de estas palabras y de otros pasajes semejantes de la obra del sabio alemán, que ellas sugirieron a Sarmiento sus proposiciones acerca del origen de la poesía popular argentina. Queda, como rastro de tal sugestión, el epígrafe del segundo capítulo del libro. Tanto fué el prestigio de Humboldt a los ojos del proscrito, que éste, apenas difundido en libro "Facundo", le dice a Miguel Piñero, en carta que le dirige desde Río de Janeiro: "Humboldt con la pluma y Rugendas con el lápiz, son los dos europeos que más a lo vivo han descripto la América"; y veinte años más tarde

recomienda que se haga una traducción castellana del “Kosmos”, obra posterior (1845-1858) a los “Ansichten der Natur” del ilustre sabio, y en cuyo volumen segundo se desarrolla la doctrina insinuada en las líneas antes transcritas.

No vale la pena ahora demorarse en apreciar la significación del criterio socio-geográfico utilizado por Sarmiento, ni en lo que atañe a la vinculación que se establece en “Facundo” entre el aspecto físico del país y los hábitos e ideas que engendra, ni entre el régimen unitario de gobierno y la configuración general del país argentino. Lo primero comporta reconocer al medio físico, entonces como ahora, un cierto valor de excitación para despertar reacciones estéticas o prácticas; lo segundo ilustra respecto del alcance meramente relativo de las previsiones políticas, pues nunca la configuración física de un país, por sí sola, ha llevado a la adopción de un régimen político, para cuyo establecimiento han de consultarse tantos elementos de raíz y sentido culturales antes que físicos. En cambio, es ineludible señalar, aunque sea sin abundancia, la exactitud con que Sarmiento ha captado el nexo entre lo físico y lo morfológico.

Por su condición natural, la pampa argentina engendra la pseudo asociación pastora, y ésta retarda y obstaculiza el incremento de la civilización: tal es el sentido certero de la doctrina de “Facundo”. Lo geográfico influye en lo morfológico, y esto repercute sobre lo institucional. Desde este punto de vista, y dando como contenido a la morfología social los problemas de la población en su máxima generalidad, — la disposición de la masa humana, el volumen y la densidad de la misma — puede decirse que “Facundo” enfrenta la faz *cuantitativa* (la pampa y sus escasísimos pobladores) de la sociedad argentina, como “Conflicto y armonías” atenderá, muchos años más tarde, a la faz *cualitativa*, o sea a la composición étnica de aquella misma sociedad.

Los temas de morfología social están señalados en “Facundo” con tal relieve, que quién sabe si, en definitiva, los fenómenos de agregación no deben prevalecer sobre los ele-

mentos estrictamente geográficos, cuando se hace el juicio de la obra, en esta parte de la doctrina que ella contiene. La mera antítesis “ciudad-campaña” de que el libro arranca, o sea la traducción morfológica de la antítesis “civilización-barbarie”, patentiza inmediatamente aquella primacía.

Los problemas concernientes a la base física de la sociedad rioplatense — volumen, densidad y movilidad del agregado — habían sido vistos con suma claridad, mucho antes de 1845, por viajeros y por estadistas. Aunque en ese año aun no había aparecido la memoria de Azara referente al régimen ganadero de los gauchos a comienzos del siglo XIX, y en la que se explica cómo la tierra barata, la abundancia de alimentos y el escasísimo empleo de personal para el cuidado de grandes rebaños, mantenían entonces la despoblación, Valentín Gómez y demás miembros de la comisión parlamentaria que dictaminó, en 1826, acerca de la forma de gobierno que debía servir de base para la Constitución nacional, habían puesto de resalto el hecho notabilísimo de la despoblación del país, y el de que “muchas de las que llevan el nombre de *provincias*, o no tienen o apenas tienen quince mil habitantes, esparcidos en distancias enormes”. En el mismo sentido, viajeros y hombres de negocios no callaron en sus memorias y relatos, la gravedad del problema demográfico argentino, en esa época; y así, el capitán Head — cuyas “Notas” ya hemos mencionado — quedó impresionado por la mínima densidad de la población en el Río de la Plata, y en su libro no solamente dió vivos detalles acerca de la pampa y de los usos, creencias, supersticiones y modo de vivir del paisano argentino, sino que incluyó una serie de atinadísimos juicios referentes a las perspectivas de la civilización en las Provincias del Río de la Plata. Entre esos juicios sobresalen los alusivos a la población esparcida en el inmenso territorio, fenómeno de dispersión que hace del país, según su gráfica expresión “a skeleton map of civilisation”. El sagaz viajero añadió, al final de su libro, consideraciones generales — físicas, morales y políticas — sobre el país y las perspectivas de los nego-

cios que él ofrecía. Es verosímil que Sarmiento haya aprovechado no ya la descripción que Head hace de las pampas, sino también las sintéticas y claras observaciones incluídas en las "Rough notes" del "galloping head", como llamaron algunos críticos ingleses al inteligente viajero.

Tornando al tema de la morfología social en "Facundo", merecen citarse las pocas pero expresivas palabras con que el libro subraya la necesidad de una población abundante en la Argentina. Después de recordar el hecho de que las familias están dispersas en grandes extensiones de la pampa, agrega que aun en el aislamiento caben el lujo y el bienestar del individuo; pero — concluye — "el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí, en el aislamiento y la soledad... No habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes". Ya hemos mencionado la clasificación de sociedades pastoras y sociedades agrícolas, con la que se abre el capítulo tercero, y el ínfimo valor que se atribuye a las primeras: "He indicado (insiste el autor) la asociación normal de la campaña, la desasociación, peor mil veces que la tribu nómada"

Esta insistencia de Sarmiento respecto del mal específico del país, significa, desde el punto de vista de la política, o sea del arte social, una clara comprensión del primer deber de los estadistas argentinos. Nueve años más tarde, Urquiza denunciaría ante el Congreso la gravedad del mal, y hablaría de las provincias como de "átomos sin cohesión ni gran valor social, que sobrenaban en un inmenso espacio". Los problemas morfológicos han sido y siguen siendo problemas característicamente argentinos, y en ellos está el punto vulnerable de la grandeza nacional.

La teoría del caudillo en "Facundo", a cuya génesis hemos consagrado uno de los capítulos precedentes, no desentona con las ideas actuales en la materia. Poco importa que los

progresos de la biología y las indagaciones relativas al genio y la herencia sitúan hoy el problema de las individualidades egregias en un nivel lógicamente más elevado que el en que se ubicaba hace un siglo: las grandes líneas no se han alterado. Decimos ahora que el hombre representativo es, desde el punto de vista biológico, resultado de una variación específica (faz individual y subjetiva); pero desde el punto de vista sociológico, se sigue considerando, al hombre representativo, como la condensación más alta y perfecta de una atmósfera de creencias, ideales e impulsiones colectivos (faz social y objetiva del grande hombre). Cabalmente, la coincidencia fundamental del concepto que en esta parte encontramos en “Facundo”, con las conclusiones actuales de la ciencia, ha conducido a magnificar un tanto el valor de la tesis de Sarmiento hasta confundirla, casi, con un hallazgo; pero se ha visto ya la filiación hegeliana de esa idea y la “empirización” que sufre al pasar por la psicología de Cousin.

La vieja noción de carácter o genio nacional, cara al romanticismo, se halla incorporada a “Facundo” mediante cuatro o cinco rasgos que se atribuyen a la psicología argentina: la conciencia de la propia superioridad nacional, la antipatía a la autoridad, la incapacidad industrial, el culto del coraje, la pereza y la altivez. Especulaciones de esta clase, que arrancan de la observación de las relaciones de ósmosis y endósmosis entre el hombre y su medio, y limitáneas, ora de la literatura, ora de la psicología comprensiva a lo Spranger, han sido, después de “Facundo”, objeto de la atención de ensayistas y escritores de varia sensibilidad. Son, en general, seductoras e inofensivas, y ayudan a aclarar sucesos y situaciones de la historia. En su fondo yace, sin embargo, el grave problema de las relaciones del *carácter nacional* con la respectiva *historia nacional*, pues si, por una parte, el carácter de un pueblo es el antecedente explicativo de la historia del mismo, en un determinado período, también, por otra parte, esta misma historia define el carácter nacional y ayuda a comprenderlo.

Hay otras notas interesantes. Cierta intelectualismo, cier-

ta confianza en el poder expansivo de las ideas y en la fuerza transformadora de las mismas, luce al lado de las tesis antes expuestas. Sarmiento tiene conciencia del cambio operado en los espíritus después de la revolución francesa de 1830: participa — o parece que participa — en el desdén de muchos miembros de la nueva generación de Francia hacia Voltaire, Mably, Raynal, Rousseau y demás corifeos de la filosofía negativa del siglo XVIII; pero en cuanto adepto fervoroso de la doctrina del progreso, cree en alguno de los dogmas de la “ilustración”. Por esto, cuando empieza el capítulo cuarto del libro, leemos que el origen de la revolución argentina fué el mismo de las revoluciones de otros pueblos cultos: el movimiento de las ideas y el ejemplo ajeno; y es claro que la explicación no es, en sí misma, falsa sino incompleta y vaga, pues si toda revolución y todo movimiento social obedecen, en el fondo, a ideas y ponen en actividad ideas, falta precisar si éstas se han formado espontáneamente en el pueblo, a través de intereses primordiales, o han sido transmitidas a la masa por obra de escritores y filósofos. Sarmiento se inclina a creer — y hay en ello un rasgo intelectualista — en el poder de las doctrinas y en la eficacia incontrastable de los libros: “Los libros, los acontecimientos, todo llevaba a la América a asociarse a la impulsión que a la Francia habían dado Norte América y sus propios escritores; a la España, la Francia y sus libros”. Únicamente cuando se alude al puerto de Buenos Aires y al medio de vida del habitante de la Pampa — el pastoreo — son rozados, en el ensayo, los intereses económicos.

Tal intelectualismo está neutralizado por las nuevas corrientes de la época, asimiladas por Sarmiento: “Buenos Aires — anota — confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba”; y lo que creía y confesaba en 1845 era, naturalmente, lo que le enseñaban Tocqueville, Michelet, Thierry, Guizot, Sismondi, Cousin... He aquí otra fase del proceso que puede llamarse “la refracción rioplataense de la cultura europea”. A las utopías y abstracciones

iluministas, reemplazan teorías que hacen conocer a los argentinos “algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, de antecedentes históricos”, aleccionándolos “contra el brillo de las teorías concebidas *a priori*”. Tal solicitud por los aspectos concretos de la vida humana, es como se sabe, una característica del romanticismo, y el autor de “Facundo”, al acogerla, se revela plenamente hombre de su tiempo.

Con las corrientes recién advenidas entonces se había incorporado a la filosofía el sentido de la continuidad social, del ritmo tranquilo impuesto por la razón histórica al curso de los acontecimientos. El carácter sacrosanto de la historia, proclamado por Hegel y por Cousin, comportaba la racionalización de los sucesos, e introducía un optimismo histórico de raíz metafísica, perceptible en “Facundo”. Así, cuando Lavalle fusiló a Dorrego, “no sabía que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de las ideas, intereses y fines del partido que representan”; por lo cual la muerte de Dorrego “era una consecuencia necesaria de las ideas dominantes entonces”. Los errores políticos, en conclusión, “pertenecen a una época más bien que a un hombre”, pero de ellos depende la explicación de muchos fenómenos sociales. Este optimismo histórico hace decir a Sarmiento que “la organización política del Estado (argentino) la dará el tiempo, los acontecimientos, las circunstancias” y “unitaria, federal, mixta, ella ha de salir de los hechos consumados”. Más tarde se olvidará de las lucubraciones cousinianas, y en “Conflicto y armonías” se referirá, con horror de teólogo, al “sacrificio enorme hecho a la Justicia y la moral” con la ejecución de Liniers, de Dorrego y de tantos otros jefes, víctimas del furor de la guerra y del odio de los partidos.

Cerremos esta síntesis con una palabra acerca del tema de las revoluciones, que encontramos rozado en “Facundo”. En Francia, la gran explosión de 1789 y el estallido de 1830, hicieron de las crisis revolucionarias, materia de abundantes disertaciones. Entre nosotros, Echeverría incluyó algunos pá-

rrafos referentes al tema en el fragmento destinado a analizar la ley que acordó poderes extraordinarios a Rosas. Sarmiento señala, con brevísimos pero nítidos conceptos, el esquema revolucionario: el choque que produce la crisis, el fraccionamiento, después del triunfo, del partido vencedor; la re-acción del partido vencido y, en fin, el nacimiento, a veces, de una tercera entidad hostil a los grupos principales que intervienen en el proceso. Cuando, muchas páginas más adelante, se refiere a la génesis de la dictadura, desliza una explicación luminosa, que parece escrita para ser aplicada a acontecimientos contemporáneos: “Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, y es aquel en que, cansados los partidos de luchar, piden antes de todo, el reposo de que por largos años han carecido, aun a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban: éste es el momento en que se alzan los tiranos...”. La guerra civil o la guerra de nervios, en el interior de un país, engendran, a la larga, la dictadura.

De todos nuestros libros clásicos, “Facundo” es el más rico en atisbos sociológicos. El noble metal de que está hecha su individualidad estética, lleva, como adherencias preciosas, fragmentos de la filosofía del romanticismo, tan vinculada a los orígenes de la ciencia social contemporánea.

RAUL A. ORGAZ

